

ENTRE OSOS Y DRAGONES: UNA EXPERIENCIA DE RECEPCIÓN CON UN NIÑO CON AUTISMO

Presentación

Hacer este trabajo fue como empezar un viaje. Quizás, porque las pocas palabras de Bruno son una invitación a recorrer caminos de una lógica diferente, donde la percepción juega para apropiarse del conocimiento. Mira lo que no miraríamos, se asombra ante lo más cotidiano y dice “lluvia” cuando ve lágrimas caer.

Bruno tiene tres años y padece autismo. Un trastorno general del desarrollo que afecta a tres áreas: las relativas a las habilidades para la interacción social, las habilidades comunicativas y lingüísticas y las habilidades para el juego y el desarrollo de actividades e intereses, que terminan siendo muy restrictivos.

Un viaje también, es el que emprendemos juntos con cada libro. En este caso, durante cuatro días nos montamos en *Vamos a cazar un oso*, de ediciones Ekaré. El objetivo era muy claro: analizar el vínculo entre la lectura de este álbum y los procesos de construcción de sentido que podían darse en un niño con las características especificadas. Ahora bien, ¿cómo observar este proceso? Escogí cuatro criterios de análisis para guiar la mirada: apropiación del objeto libro, apropiación de la historia narrada, conexión con su experiencia vital e intención comunicativa en el momento de su lectura.

La elección del libro no fue al azar. Se trataba, si duda, de un álbum muy especial para recorrer: el texto es dueño de una gran musicalidad y ritmo narrativo, algo que constituye un atributo muy importante en edades tempranas; la ilustración es capaz de asumir la complejidad de la historia y, por último, es una narración muy bien secuenciada y estructurada.

Este trabajo recoge la experiencia que vivimos, lectura a lectura, durante cuatro intensos días, en los que la emoción le ganó a la razón y la razón disfrutó con una nueva forma de entender el mundo.

Metodología

Las sesiones de lectura fueron incluidas en el ritual de la noche, antes de acostarse. La razón era muy sencilla: debían ser en un entorno lo más natural posible, porque si algo no lleva bien el autismo, eso son los cambios inesperados, que terminan por generar angustia y desconcierto en quienes lo padecen. De ahí que sea necesario anticipar las acciones del día a través de imágenes.

Todas las sesiones fueron registradas en un cuaderno de apuntes y, dos de ellas, grabadas en video, lo que permitió un mayor análisis de su comportamiento durante la lectura.

Justificación

Los estudios o investigaciones que vinculan el autismo a la lectura desde el punto de vista estético, son prácticamente nulas. Sin embargo, existen varias razones para unir estos dos mundos. Los niños con autismo poseen una alta sensibilidad visual, de ahí que sea frecuente el uso de pictogramas o fotos en su tratamiento. En este sentido, los álbumes son género ideal de trabajo, porque cada página tiene una intencionalidad técnica y semántica, que se ofrece como puente entre el mundo del artista y el del lector. Por otra parte, uno de los problemas del autismo es que quienes lo padecen tienen escasa intención comunicativa, así como dificultades para comprender el lenguaje gestual. Por eso, hay que enseñarles que las voces, los tonos y los gestos y las miradas transmiten mensajes, algo que facilita la lectura en voz alta. Finalmente, Evelyn Arzipe destaca en su libro *Lectura de imágenes*, la interpretación acertada y gráfica de un niño autista de la obra de Kitamura, *Lilly takes a walk*.

Los resultados: Vamos a cazar un oso o la aventura de descubrir el mundo

En *El proceso de la lectura*, Iser afirma que “El lector solo obtiene satisfacción cuando el texto ofrece la posibilidad de ejercitar nuestras capacidades”¹. En este sentido, la elección del álbum fue un acierto, porque la sinergia entre texto e ilustración le brindó a Bruno dos grandes oportunidades: comprender la historia que se le estaba narrando y conectar con su experiencia vital, lo que le brindó un inmenso placer que se trasladó a su actitud durante la lectura.

De la comprensión a la apropiación

“Lo dicho solo actúa realmente cuando remite a lo que calla.” Esta frase de Iser, sintetiza muy el hilo que unió el ruido de las palabras con el silencioso tumulto de las emociones y la experiencia que despertaron las sesiones de lectura.

Bruno comprendía perfectamente la historia y los elementos que estaban en ella. La mirada recorría atenta las ilustraciones en busca de cosas que pudiera nombrar. Al principio, le señalé las flores. Y le dije: “Mira Bruno, flores”. En su cara pude ver la satisfacción. Así, en cada sesión, señalaba y nombraba las flores para luego mirarme sonriente. Poco después empezó señalar cosas de su interés: patos, agua, barro, bosque. La imagen global le ayudaba a unir significado y significante de cada uno de sus elementos. Pero también, a extrapolar la experiencia de la lectura al mundo exterior. Una de las tardes, volvíamos a casa por el parque desde el Centro de Atención Temprana. De pronto, Bruno se metió en un pequeño hoyo de tierra seca. Me miraba mientras con una sonrisa muy amplia decía “barro, barro espeso y pegajoso”. No fue la única vez que una parte del cuento visitó las calles; lo hizo una segunda vez y constituyó una estrategia para romper una obsesión. Llegábamos tarde al colegio. Él andaba despacio y no tenía forma de apurarlo, hasta que lo vi salir corriendo hacia el semáforo. Pensé que, a partir de ese

¹ Iser, W (1979): “El proceso de la lectura” en *Estética de la recepción*, Rainer Warning (ed), Visor, Madrid, p.149.

momento, todo se volvería una pesadilla, porque este simple elemento de tráfico goza de una alta fascinación entre los niños con autismo. Bruno lo miraba absorto. Este diálogo ocurrió a continuación:

C:-¡Un semáforo! ¡Un semáforo alto y verde! Por encima no podemos

B:-Pasar.

C: Por abajo no podemos...

B: Pasar.

C: ¡ni modo...!

B: “tendemos que atavesar” .

Y empezó a caminar. Durante el camino jugamos a “atravesar” bastantes cosas y todas fueron pasadas con éxito. Esto indicaba que comprendía el verbo principal de la historia y cada secuencia de la misma.

Recuerdo que durante las primeras sesiones, en la escena en la que la familia atraviesa el barro, le pregunté: “¿dónde hay barro?” Y señaló los pies del bebé. Curiosamente, también volvió a indicar al mismo personaje cuando le pregunté quién entraría en la cueva. Me pregunté si, al ser el más pequeño, se identificaba con él. Algunas experiencias indican que sí. Tiempo atrás habíamos leído el libro *¡A bañarse!*, en el que un niño se desvestía y se quedaba desnudo. En esa época a Bruno se le había dado por desnudarse porque sí. Por eso al ver el cuento, no paraba de reír y decía “no se quita a chaqueta” y reemplazaba la palabra “calzoncillo” que venía en el libro por “pañal”, cuando recitaba la escena. Esto se refuerza con lo ocurrido en la última sesión: Bruno señaló espontáneamente al hombre de la cubierta de *Vamos a cazar un oso* y dijo “papá”. Acto seguido, señalé a la niña y le pregunté: “¿Quién es?”. El respondió “Inés” (el nombre de su hermana). Luego señaló alternativamente al niño y al bebé y dijo “Bruno” no muy convencido. ¿Bebé? ¿Niño mayor? ¿Por qué dudaba? Intuyo que la respuesta coincide con un periodo especial para él: el control de esfínteres, lo que implica, necesariamente, un crecimiento que aún no está dispuesto a asumir². Recuerda Roseblatt “*La capacidad de sentir compasión o de identificarnos con las experiencias de los demás es uno de los más preciados atributos humanos. Los estudios científicos han revelado cuán generalizada es nuestra tendencia a identificarnos con algo que está fuera de*

² Si bien le hemos quitado los pañales hace tres semanas, se niega a “mojar el agua”. Dice claramente “no gusta váter” y “no quiero pis en váter”.

nosotros. Esto ha resultado cierto incluso con sujetos no humanos. Tendemos a sentirnos 'dentro de', a lograr empatía, con la imagen del árbol que oscila al viento, hasta que el artista exitoso, de alguna manera, haga de nosotros el árbol mismo..”³

Y siempre, la emoción

A Bruno le gustaba tanto el libro que empezó a escucharlo en movimiento. Si bien no dejaba de alternar la vista entre el libro y yo, no dejaba de corretear por la habitación, completando el relato cada vez que se lo permitía. El tono de su voz con la retahíla “por arriba no podemos pasar” subía considerablemente y transmitía nerviosismo y alegría. Lo cierto, es que Bruno anticipaba perfectamente todas las escenas... hasta que me sorprendió cerca del final. Estaba en la página en la que la familia entra a la cueva, cuando ocurrió el siguiente diálogo:

C: **-Una húmeda nariz, dos peludas orejas, dos ojos que miran rabiosos. Es un...**

B: -“¡E perro!”

Al principio, pensé que era un problema de comprensión, porque bien es cierto que la definición podía aplicarse al perro. Así, en las siguientes lecturas, señalaba cada parte del oso mientras recitaba el texto. Pero de nada sirvió, porque Bruno insistía en el perro y su tono de voz era cada vez más débil y preocupado. Por fin le pregunté: “¿Qué le pasa al perro?” Y su dedito dibujó una línea perfecta desde la mirada del perro hasta la del oso. Entonces comprendí que la emoción lo había guiado a aquel viaje, que él había caminado junto a la familia y, con ella, había entrado en la cueva. Desde su punto de vista, el encuentro, el climax narrativo, era lo más importante. Y esto se reflejaba en el peligro que corría el perro al acercarse tanto al oso. Este hecho me ayudó a darle un marco a la tensión que le aquejaba las veces que, al “tener que atravesar”, decía con pena “no atavesar no” mientras no paraba de moverse. Vuelvo a las palabras de Roseblatt, “la literatura proporciona un *vivir a través*, no un simplemente *conocer sobre*.” A lo que le agregaría: sobre todo, si ante niños con ciertas dificultades, se atiende al poder de las imágenes.

³ Roseblatt, L. (2002): La literatura como exploración, FCE, México, p. 64.

Conclusión

Tres ideas se desprenden de la experiencia analizada: la primera es que con tres años es posible cazar un oso; la segunda, que Bruno ha llegado al placer estético, gracias a la conexión emocional que el álbum ha logrado despertar en él. Esto ha redundado en un mayor conocimiento del mundo y en un aumento significativo de la intención comunicativa; la tercera, es la convicción del potencial del álbum para trabajar con niños con autismo, aunque a este respecto queda un largo camino por recorrer.

En el *Acto de leer*, Iser afirma: *“es necesario describir la lectura como un proceso de efecto cambiante, de carácter dinámico, entre texto y lector pues los signos del texto o, en caso dado, sus estructuras adquieren su finalidad en cuanto que son capaces de producir actos en cuyo desarrollo tiene lugar una traducibilidad del texto en la conciencia del lector.”*⁴ Para Bruno, esta “traducibilidad” significó poner en marcha diversos procesos cognitivos, como el descubrimiento y la comprensión, pero, sobre todo, logró conectar con sus emociones y comunicarlas. Quizás por eso, mientras termino de escribir estas conclusiones las palabras de Chesterton no dejan de resonar: “los cuentos de hadas no enseñan a los niños que los dragones no existen. Eso ellos ya lo saben. Le enseñan algo más importante, y es que pueden vencerlos”.

⁴ Iser, W. (1987): *El acto de leer*, Taurus, Madrid, p. 176